

• *Número Especial*



Medio Siglo
de

ZIG-ZAG

sequio al personal de la EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A., de parte de

Arte Popular Chileno

por Tomás Lago



Cerámica de Quinchamali, Chillán.

Tomás Lago: escritor, crítico, ensayista, fundador de la "Revista de Educación", órgano oficial del Ministerio de Educación, 1929. Ha organizado en Chile las primeras exposiciones de arte popular, en 1935, 1938 y 1943. Ha fundado y organizado el Museo de Arte Popular, de la Universidad de Chile, único establecimiento de esta clase, destinado a estudiar no solamente las artesanías tradicionales chilenas, sino el folklore ergológico de todos los países del Continente. Es profesor extraordinario de su especialidad en la Universidad del Estado.



CUANDO llegaron los conquistadores españoles en la primera mitad del siglo XVI, encontraron aquí, igual que en otras partes del Nuevo Mundo, industrias domésticas como la alfarería, la cestería y los tejidos, que, aunque de tipos diferentes, se practicaban también en España y eran indispensables para la vida de los hogares. Ahora bien, el criollo, al seguir utilizando y produciendo estas manufacturas, no hizo sino perfeccionarlas, fundiendo los conocimientos hereditarios indígenas con los progresos aportados por el conquistador. De aquí nació un carácter nacional que a veces se inclina más a lo autóctono y otras a lo hispánico, según sea el juego de sus causas determinantes.

Sobre la alfarería podemos decir, por ejemplo, que en la actualidad se modelan en gran parte las mismas formas de utensilios que usaban los habitantes primitivos de Chile. En los mercados municipales de los pueblos se pueden comprar a precios más bajos que las cerámicas de fábricas, cántaros, platos, ollas y callanas (fuentes) de hechuras muy parecidas a las indígenas. Las dueñas de casas prefieren su uso para ciertos guisos por la susceptibilidad especial de la greda para el fuego, lo cual da un grado requerido de cocción a los alimentos.

Hoy se hace alfarería en casi todos los lugares que han tenido población colonial estable, en pequeños pueblos como Combarbalá, Putaendo al Norte, en los alrededores de Santiago hacia la costa, en Talagante, Malloco, en las vecindades de Chillán, en Parral y Cauquenes, a más de otros puntos intermedios hasta Concepción, en las reducciones indígenas contiguas a Temuco, y más al Sur todavía, en la isla grande de Chiloé. En todas estas localidades se amasa y amolda greda de los alfares o minas cercanos.



Cerámica de las monjas, del siglo XVIII.

Los centros de mayor actividad son, sin embargo, Quinchamalí, al suroeste de Chillán, y Pomaire, al lado de Melipilla, en la provincia de Santiago. En estos lugares se fabrican objetos de primitiva fantasía, mates y huchas preferentemente en formas de animales domésticos. Los productos de estas dos regiones son muy diferentes entre sí, siendo más característicos y tradicionales los de greda negra de Quinchamalí, procedentes de una región más aislada de los medios urbanos. Su figura más representativa, repetida en diversos tamaños, es el cerdo (chanchó), que en forma de alcancía para guardar monedas se vende en muchos mercados de Chile, y una mujer con una guitarra en los brazos que sirve de cántaro.

Más influida por los artefactos industriales importados, la alfarería roja de Pomaire imita en cierto modo sus formas cuando no crea estilizaciones



Figura de cerámica araucana.

que no logran, sin embargo, el tipismo de un arte popular tradicional. La fina calidad de la greda que se emplea en estos trabajos facilita el laboreo de los detalles en los mates, pequeños azucareros, platos y paneras caladas.

En la línea de la alfarería típicamente americana se modelan todavía algunas piezas que conservan los caracteres aborígenes; tales son algunos pucos o jarros patos del Norte Chico y los chanchos —jarros para cocer agua de cuatro patas representando cuerpos de cerdos— que elaboran los indios de Temuco.

En general, los tiestos de greda de uso común no presentan decoraciones que sólo aparecen en grecas vegetales sobre las lozas negras de Chillán (Quinchamalí), particularmente en los pequeños objetos, tales como mates, alcancías y pequeñas figurillas de

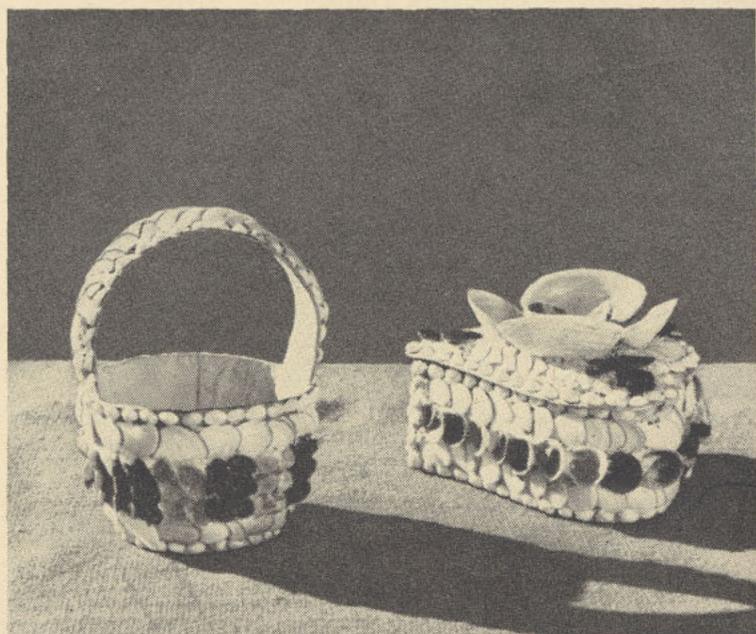
Cajuelas de conchas de Coquimbo.

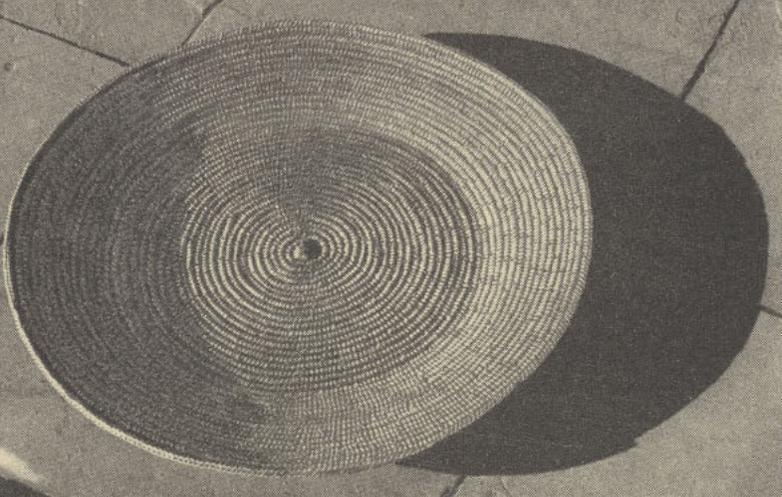


Cerámica de las monjas. Siglo XVIII (Colección, Carlos Osandón Guzmán).

embeleco. Son especies de hojuelas trazadas a rayas blancas escindidas en la superficie de un color negro mineral intenso, cuyo brillante bruñido es la cualidad sobresaliente de esta alfarería.

Por último, en esta materia debemos consignar todavía las gredas pintadas de Talagante, que son un ingenuo remedo de las porcelanas dieciochescas y representan figuras populares de la vida rural y ciudadana, tales como el novio y la novia, el fraile confesor y su confesonario, el vendedor de pájaros, de frutas, la amasandera y varios otros tipos de hombres a caballo. Inocentes, con cierto gracejo femenino de una emocionante ingenuidad, la historia de estas gredas se remonta por lo menos al siglo XVIII, y es sabido que las hacían en algunos conventos de monjas como aguinaldos para las festividades religiosas, regalos a los gobernadores coloniales en el día de santo y más tarde simplemente para ornamentar los nacimientos de Cristo en las iglesias durante la Pascua de Navidad. Aún hoy en las ferias municipales de





Cestería araucana, plato para lavar el mote en el río.

Santiago aparecen, de tarde en tarde, algunas viejecitas vendiendo, a muy bajo precio, piezas de éstas, fabricadas por ellas mismas. Menos finas que los ejemplares más antiguos conocidos, imitación de las ricas chinerías, en la actualidad su modelado es más tosco, pero tiene mucho más carácter local; estilo también, debido a la repetición figurativa de los modelos en manos del pueblo ineducado a través de los años.

La cestería chilena ostenta todos los caracteres de la cestería americana en general, aunque es menos brillante que la indígena de los países limítrofes como Bolivia y Perú. Los araucanos, por ejemplo, tejen hoy día tramas con las cuales hacen platos para aventar el trigo o lavar el mote en el río, y cestos en formas de jarros iguales a los que hacían los indios atacameños durante el siglo XI, utilizando la misma técnica, que consiste en coser cuidadosamente, en espiral, un cordón continuo hecho de fibras vegetales de copihue, *Lapageria rosea*, envueltas, para darles consistencia, en corteza de quila, *Herreria stellata*, cordón que con mayor o menor radio de circunferencia da el cuerpo al cesto. Tal cestería, típicamente americana, la utiliza hoy también la población criolla chilena en hermosos canastos decorados a trechos con pequeñas manchas de color. Muy conocidos son a este respecto los pisos, paneras, fruterías y costureros de esta clase fabricados en la localidad de Hualque, cerca de la ciudad de Concepción.

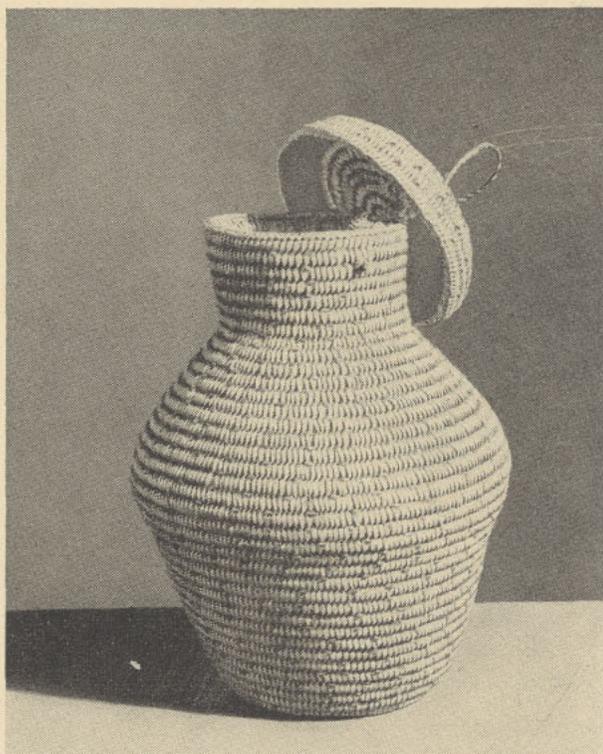
Cestos característicos regionales hechos de otras maneras, con armazón y trenzado, hay en diversas partes del país y se diferencian entre sí por el material vegetal, la forma que presentan y a veces el tamaño y colorido. Hemos dicho que la cestería chilena no es tan brillante como la indígena de otros países americanos, lo cual quiere decir que no ostenta aplicaciones de colores vivos; en cambio, es preciso reconocer que, como todo lo chileno, se hace notar por cierta consistencia y sobriedad no exenta de gracia. Canastos de

Cestería del Rari, hecha de raíz de álamo, Panimávida.

Combarbalá, canastitos tapados de San Felipe, cestos rectilíneos de paja de Curicó, los de boqui, *Campsidium valdiviense*, de Chiloé son muestras inconfundibles de carácter local.

Aparte los canastos comunes de mimbre, *Salix viminalis*, que emplean las amas de casa, entre los obreros de cestería para la vida práctica, debemos mencionar los sombreros de alas anchas, buenos para el

Canasto araucano. Cestería acordelada.

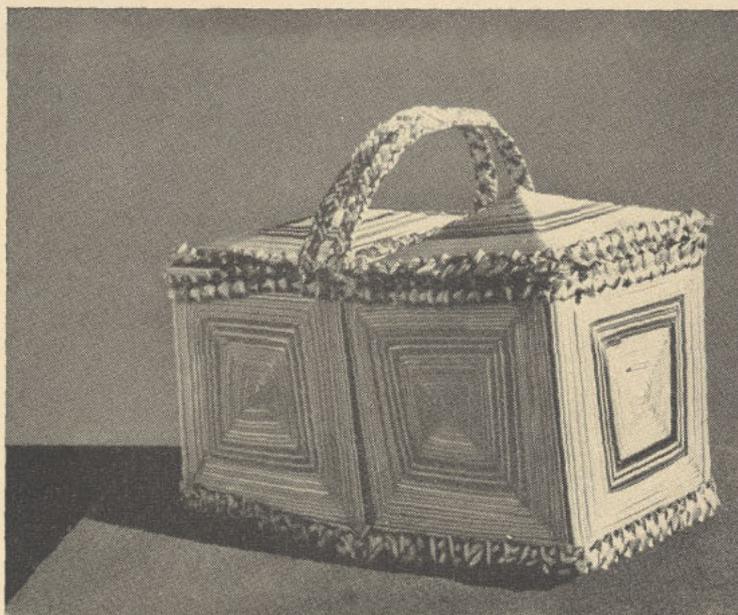


sol, que usa el pueblo en las faenas al aire libre, especialmente en las labores agrícolas. Famoso es el sombrero huicano (de la hacienda El Huique, de Santa Cruz), adornado, en lugar de cinta, por un cordón de lanas de colores terminado en una borla que cae por un lado del ala. El bonete maulino, de vieja tradición, cuya copa termina en punta, es también muy conocido y apreciado.

Pero la mayor novedad de la industria chilena está en lo que se ha llamado la cestería del Rari, por el estero de este nombre que atraviesa la región donde se produce en la provincia de Linares (Chile central). Allí las mujeres tejen con gran prolijidad pequeñas piezas de fruslería, tales como ramos de flores, pulseras, anillos, collares, canastillos diversos. Miniaturas primorosamente coloreadas que nada tienen que envidiarles a las elaboraciones de lujo de las grandes ciudades. Como material emplean la raíz de álamo, *Populus pyramidalis*, obtenida del estero cercano, lavada y escarmenada, y también el crin de caballo. En todas las casas de Panimávida, pequeño caserío alrededor de una fuente de baños termales, las mujeres de los vecinos fabrican cestería de esta clase después de terminadas las labores del campo, especialmente en las largas veladas del invierno.

Muy típicos en sus caracteres nacionales son los tejidos chilenos que el pueblo entrama al telar como labor hogareña en muchas partes del país. Frazadas, tapices (choapinos), mantas, cubremonturas, cintas para adorno de los cabezales del caballo (trarihues en araucano), bolsas de prevención para las sillas de montar, medias gruesas para los hombres, etc., presentan en sus facturas un aire común que solamente puede ser chileno. Los colores —extraídos de cocimientos vegetales, tierras de color y últimamente tinturas químicas— los aplican en franjas oponiendo el rojo al verde intenso, al ocre cadmio, el solferino con el violeta, casi nunca en tonos puros, violentos, sino más bien amortiguados hacia una gradación intermedia.

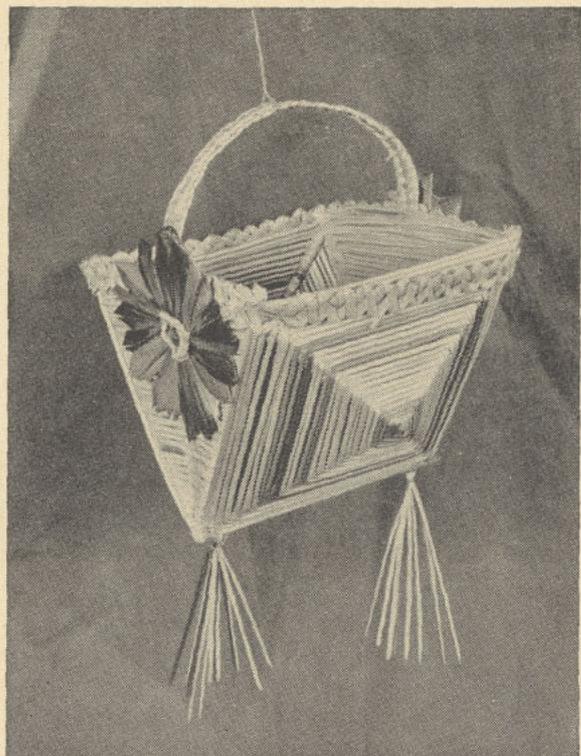
Los tejidos específicamente criollos, sin influencia indígena, las frazadas de Chile central, se hacen de lana de oveja muy blanca y sólo llevan como adorno una o dos franjas rojas cerca de los bordes. En Chiloé —isla grande del archipiélago austral, donde perduró hasta más tarde el dominio colonial español— son más suntuosas, con grandes flores estilizadas en rojo, y, a veces, otro color más: verde o amarillo. Pero la labor más fina que se urde al telar en el país son los chamantos (mantas de hilo, generalmente, tan cortas que no alcanzan a llegar a la cintura), que los huasos (jineteres campesinos típicos) más ricos y ostentosos lucen en las tradicionales corridas de vacas. Estas fiestas, dedicadas antiguamente al aparte anual

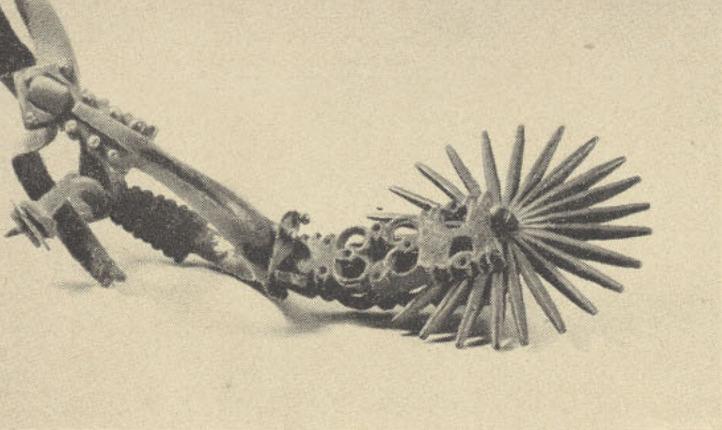


Cestería de paja de trigo, Curicó.

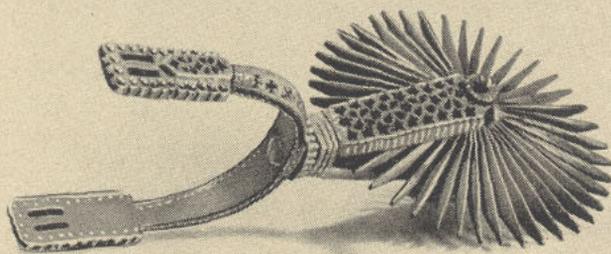
del ganado vacuno, después del rodeo, y que se han convertido en una justa o torneo a caballo, sirven para lucir, a más de la destreza de los jinetes, la riqueza ostentosa de las vestiduras y enjaezamientos. El chamanto de Doñihue es indispensable para el atavío de un huaso, y los hay de los más vivos colores: verdes, de todas las calidades, rojos, amarillos y ocre, azules de índigo, etc., teñidos en anchas franjas de colores diferentes, combinados, a menudo floreados, mezclan-

Cestería de paja de trigo, Curicó.





Espuela chilena del siglo pasado.



Espuela chilena actual.

do los colores en panal de abejas o pan de azúcar, como llaman el tejido cuadrulado. Más que prenda de vestir, el chamanto es un lujo tradicional, en cierto modo caballeresco, que no deja de ser útil, sin embargo, como defensa liviana contra el sol y el aire frío.

El atavío del huaso es solamente chileno y no puede confundirse con la vestimenta de ningún otro hombre americano de a caballo. Cuando no lleva bota de cuero, llena de guarniciones metálicas, usa amplio pantalón bombacho que cae sobre un botín cerrado hasta el tobillo, de tacón muy alto, puntiagudo; grandes espuelas de hierro profusamente labradas, de tintineantes rodajas, chaqueta corta —casi de torero—, entallada, adornada en los cortes laterales con hileras de innumerables botones; camisa blanca abrochada de muchos plisados, sin corbata, y sombrero cordobés de ala recta y ancha. El rostro tostado y seco, muy común en el campesino chileno, le da un aire español evocador de algunos tipos de Andalucía o Castilla.

Ahora bien, el recado de montar del huaso comprende una serie de artesanías genuinas del folklore, estrechamente vinculadas al desarrollo de la nacionalidad. Caracteres muy propios presentan la silla de montar y sus complementos, estribos y riendas. Heredera directa de la silla jineta que los conquistadores españoles trajeron al Nuevo Mundo, la silla chilena desarrolló rasgos propios de acuerdo con las necesidades y usos locales. Es ancha, blanda, gruesa de pello-nes.

Entre las más grandes curiosidades chilenas figuran, por último, las espuelas de hierro y los estribos de madera. Las espuelas

están siempre profusamente decoradas, en metal adamasquinado, con orlas, cruces y formas barrocas que nunca se repiten, como asimismo caladas en caprichosos ritmos; las rodajas, templadas al fuego, son de hierro azul con numerosas puntas, sobre 40 por lo común, de un diámetro de hasta 13 centímetros. Los estribos de madera, parecidos a los zuecos, antiguamente muy grandes, han disminuído su tamaño, pero ostentan siempre rosetas labradas que conservan su aspecto de encaje oriental.

Hemos dado hasta aquí algunas breves referencias sobre los aspectos más tradicionales de las artesanías y formas folklóricas del pueblo chileno, que pueden servir a los lectores de "ZIG-ZAG" para adquirir una idea general sobre sus usos característicos. Las limitaciones de este artículo nos privan de hablar de muchos otros interesantes productos que surgen por todas partes en la vida nacional. En madera barnizada, a veces teñidas con tintas de color, hacen, por ejemplo, diversas figuras de alcancías, perdices, palomas, caballos, piernas de mujer. De madera también hacen perchas con cabezas de pájaros en lugar de ganchos, espejos incrustados, etc.; bandejas, guitarras, flores inclusive. Es posible ver entrar por las calles de las ciudades, en los mercados, en los vagones de ferrocarril, donde se aglomera la gente del pueblo, vendedores ocasionales de objetos curiosos, vaciados de yeso coloreado, hornacinas hechas con espejos recortados, etc. Es evidente que todas estas cosas provienen de un espíritu común, de una misma sensibilidad social. En este sentido el arte popular chileno está en constante evolución, mostrando siempre un rico filón de posibilidades humanas.



Alcancías en forma de zapato de mujer, de madera. Cárcel de Santiago.

Tomás Jer